

El miedo terrible de ser un animal

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Claudia Ulloa Donoso, *El miedo terrible de ser un animal*
Primera edición: octubre de 2026

ISBN: 978-84-8393-394-7
Depósito legal: M-16683-2026
THEMA: FYB

© Claudia Ulloa Donoso, 2026
Publicada mediante acuerdo con VicLit Agencia Literaria
© De la ilustración de cubierta: Marcela Ribadeneira, 2026
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2026

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Claudia Ulloa Donoso

El miedo terrible de ser un animal



ÍNDICE

La génesis de Uglya	11
Hielo para marcianos	19
Yellow	31
Julio Leima y su sonido bestial.	55
Iris/ojo/hongo	89
Alto alce	115
Libro de Norma.	137

*Tengo un miedo terrible de ser un animal
de blanca nieve, que sostuvo padre
y madre, con su sola circulación venosa.*

César VALLEJO

*Pido a la divina Madre de Dios,
Reina celeste de todo lo criado,
me dé la pura luz de los animalitos,
que tienen una sola letra en su vocabulario.*

Federico GARCÍA LORCA

Observa a los animales, y aprende de ellos.

Job 12: 7

LA GÉNESIS DE UGLA

SOY LA DIOSA DEL VECINDARIO.

Pero no soy una joven Afrodita saliendo de un edificio de departamentos.

Lo importante es que tengas presente lo siguiente: soy mujer y soy diosa. Diosa que, además de ser dueña de los cielos y la tierra, es también dueña de una casa.

Para acercarte un poco más a mi divinidad, las diosas también podemos medir 154 centímetros, pesar sesenta kilos y tener el entrecejo marcado. Si bien lo físico no nos hace diosas, no quiero dejar de lado estos detalles: tengo las manos, los ojos, la boca –y los dientes– y los pies perfectos. Mis manifestaciones divinas se presentan en visiones, de manos, pies, boca con dientes y ojos perfectos.

Como diosa que soy puedo crear, controlar, dominar y destruir; pero también puedo amar y perdonar. Y como diosa también he tenido y tengo varios nombres: la del 22 B, la que vive sola con un gato, la extranjera, la de la casa carísima-y-de-dónde-sacó-el-dinero, la morena.

Solo algunos semidioses como el cartero y los electricistas me llaman por mi nombre: Norma. Me tratan de señora: soy la señora Norma.

Aunque las diosas no necesitamos ayuda, mi nombre ayuda.

Vivo en el barrio de Ugly. «Ugly» significa «lechuza» en noruego y «ugla» tiene el sufijo femenino «a» que funciona como artículo definido; conque, «ugla» es «la lechuza». Porque mi reino, además de ser gramático, es también noruego.

Ugly –mi reino– es un vecindario del oeste de Trondheim. Como mi reino es noruego, mi lengua también es noruega. Hablo noruego, pero ahora escribo en tu lengua. Y tu lengua también es mi lengua, porque mi lengua son todas las lenguas.

Por razones prácticas de género (narrativo) y de lengua (bilingüe) no voy a poder desarrollar con detalle la escritura de mi Génesis (es relevante aquí la *ge* mayúscula), así que intentaré abreviarlo en esta narración.

En el principio fue la mudanza, pero antes de la mudanza, mi vida estaba desordenada y vacía. Entonces apareció el deseo de mudarme y con ello apareció la inmobiliaria en mí.

Hice este barrio mío por su nombre animal. Mi reino tenía que tener el nombre de un animal. La agente inmobiliaria me había hablado de un barrio al sur de Trondheim: Kattem. Yo entendí «katten» y pensé que era el barrio perfecto para mi reino, mi génesis en el Barrio del Gato. Pero me dijo que era «Kattem» y no «katten». Iba ya de camino a la desilusión de diosa, cuando la agente inmobiliaria me explicó que en Kattem, muchas calles tenían nombres de animales: calle de la ardilla, del reno, del ratón del bosque, de la paloma y había también un gato; la calle del gato

montés. La agente inmobiliaria, no me dejó pensar en qué calle animal podría vivir y siguió con su discurso. También está el barrio de la lechuza. Queda en lo alto de las colinas de la ciudad y no está muy habitado, ideal para el inicio... El verbo había hablado a través de ella. De inmediato le dije que eso era lo que buscaba.

Llegué a mi nueva casa en la colina. Tenía dos pisos, una terraza con ventanales, un jardín con dos manzanos, un garaje y un espacio de *parking* que no iba a usar porque reniego de los motores.

En ese espacio que un vehículo motor nunca ocuparía di varias vueltas sobre mi propio eje. Con la sensación de mareo aún en el cuerpo, abrí mis ojos que se encontraban en perfecta suspensión centrífuga. De mis pupilas brotó una luz, y esa luz trazó una línea sobre el horizonte y lo que me rodeaba.

Toda diosa crea desde sus pupilas suspendidas, iluminadas y dilatadas. Así fue cómo dividí el cielo y la tierra en mi reino. Mi casa estaba justo en el medio. Mi plaza de *parking* era un espacio liminal.

Después de visitar cielos y tierra, me moví por las calles de Uglá y llamé a las puertas de las demás casas que yo misma había creado. Visité a mi grey tomando la forma de repartidor de comida, mascota perdida y viento invisible. A cada mujer que me abrió la puerta le asigné una laguna y una habitación propia; a cada hombre una montaña y un *parking* con garaje. A las niñas y niños les entregué todos los pájaros del bosque y los jardines con un cerezo, ciruelo o manzano.

Veía a mi grey desde lo alto de mi colina.

Las mujeres, dueñas de sus lagunas, dominaban las aguas a través de los caños, lavadoras de ropa y de platos, duchas y bañeras con niños pequeños, o también en sus

rituales, sumergidas en su elemento con pétalos, espumas de baño y velas aromáticas.

Los hombres, dueños de las montañas, dominaban su espacio con su ir y venir enfundados en hábitos de tela *gore-tex*. Iban desde lo alto de sus caminatas por la montaña, a las llanuras del *parking* y a la espesura de sus garajes.

Los niños, dueños de los pájaros, los árboles frutales y los jardines, jugaban felices en su espacio rodeados con la protección de la tierra y la bendición del agua.

Pero la paz en mi reino duró el tiempo que tardaron en llegar mis nuevas lámparas de techo.

Aquella tarde estaba yo desempacando con cuidado mis lámparas Louis Poulsen, cuando llegaron a mis oídos sus conflictos en forma de susurros.

Una guerra se había desatado en todo mi reino.

Los hombres anhelaban fluir, pero eran roca y montaña. Por dentro tenían magma, metales fundidos, futuras herramientas, pero los hombres querían ser agua.

Las mujeres ansiaban tener la altura y la inmovilidad de las montañas, pero eran cuerpos de agua que se habían cansado de fluir entre montañas que determinaban sobre sus cauces y definían su caudal. Las mujeres tenían tres estados, pero su solidez era pasajera, dependía del frío y se desvanecía con el sol. Las mujeres renegaban de su naturaleza etérea y querían ser montañas.

Empezaron a reinar la envidia, la ira y la soberbia.

Tenía que intervenir.

Desde la bóveda celeste de las ventanas de mi terraza, miraba hacia el interior de sus casas y de su ser. Primero decidí manipular el agua para reinar el caos. Desaté tormentas para volver a convertir en lodo los senderos de los hombres en las montañas, para que sus pisadas *gore-tex* se

volvieran mortales. Provoqué lluvias odiosas que desataban una humedad invisible para los ojos del hombre, pero dañina para sus herramientas que se volvían inservibles por el óxido, desbordaba las tuberías y anegaba garajes y piscinas, todo esto para que los hombres culparan a las mujeres y su naturaleza de agua. Después, les mandé la sequía y maté a todas las flores tropicales de los jardines de las mujeres, soplé sobre las montañas y dejé que el polvo seco de la erosión se pegara en las cabelleras de las mujeres; se palpaban la cabeza y sentían el pelo duro e inmóvil y eso le recordaba a las montañas y culpaban a los hombres. Eché a perder ropa de montaña, pudrí bases de maquillaje, destruí computadoras y teléfonos celulares, averié lavadoras y autos. Los niños padecían en sus jardines y lloraban a los pies de sus árboles que ya no daban frutos, y sus pájaros abandonaron el bosque en busca de un clima mejor. Sabían que todas estas calamidades eran la consecuencia de los actos de los adultos. Después de todas estas catástrofes, les devolví la calma, pero no la supieron apreciar.

Bajo el sol que brillaba embelleciendo las lagunas, las montañas, los jardines y los ojos felices de los niños fueron surgiendo de nuevo los conflictos.

Ante este ciclo de destrucción sin aprendizaje, decidí conseguirme una deidad: un gato.

Los ángeles de la protectora de animales me trajeron a un gatito negro. Ya responde a su nombre; se llama Otto, me dijeron.

Nombre mágico, riqueza y prosperidad, pensé. OTTO, dos esferas de luz resguardando los pilares del templo, palíndromo como los nombres de los dioses que se invocan en los conjuros, criatura perfecta. Serás mi mensajero y reconstruiremos Uglá, le dije.